

# La crisis socialista y sus ciclos largos

*Edur Arregui Koba\**

**U**na de las características de las economías de planificación central, hasta el inicio de la presente crisis socialista, fue un largo periodo de crecimiento ininterrumpido, salvo en las condiciones de destrucción devastadora impuestas por las guerras, como ocurrió durante la Segunda guerra mundial en la URSS o en Vietnam, a raíz de la larga lucha contra la intervención norteamericana en Indochina.

El fin del siglo XX se inicia con la ruptura de este mito. La URSS se sumerge en un marasmo sin precedentes e inicia una profunda reestructuración de su proyecto interno y de las relaciones políticas internacionales. La presencia de la primera recesión prolongada y severa, por razones internas, dentro de la economía soviética, nos obliga hablar de la presencia de las crisis socialistas como un fenómeno particular y distintivo, diverso de las crisis capitalistas analizadas con interés y detalle desde su aparición. Lo mismo que la primera gran crisis capitalista, la de 1825 que sacudió con sorpresa a la Gran Bretaña después de largas décadas de expansión del industrialismo capitalista, la primera crisis interna de una economía en transición al socialismo despierta una perplejidad y desconcierto generalizados.

Es necesario ubicar ambos procesos, la reestructuración económica interna de la URSS y el repliegue soviético de Europa oriental, en una perspectiva histórica para no distorsionarlos y alimentar el catastrofismo rampante de los propagandistas del

---

\* Investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

“fin del socialismo”. Comenzaremos analizando el desmantelamiento del bloque de Europa del este, para aislar dos fenómenos que, por su dinámica interna, son esencialmente distintos.

### **El fin del bloque del Este: la continuidad de la diplomacia soviética**

Cuando el Ejército rojo coloca su bandera en las alturas del Reichstag, el dos de mayo de 1945, terminaban doce años de dominio fascista, no sólo en Alemania, sino en el conjunto de Europa oriental. En el curso de tres lustros los militantes obreros socialistas y comunistas habían sido sistemáticamente exterminados. El tratamiento autoritario y brutal de Stalin contra las direcciones autónomas de las organizaciones obreras de Europa, donde la disolución del Partido Comunista Polaco fue el caso más dramático, habían terminado por decapitar una tradición política propia, la única capaz de enfrentar con iniciativa e independencia los formidables retos de la reconstrucción. En sociedades en que largos siglos de una cultura abigarrada había permitido germinar pensadores y artesanos de matices y detalles, el fuego de la guerra hacía de sus cenizas la nueva prenda en disputa entre los antiguos aliados de la Segunda guerra mundial. A la catástrofe, como suele suceder, le sucedía la desgracia en su sentido literal. Las economías y sociedades que se construyeron con estas premisas eran o muralla o baza, según los vaivenes de las relaciones entre la URSS y Occidente. Su inestable rigidez no traslucía una sociedad de productores libres: el socialismo, sino naciones engullidas por la historia.

La propia Unión Soviética era la primera en reconocer esta situación provisional. Y desde el 9 de mayo de 1945, en que ocupa Praga, inicia un conjunto de negociaciones tendientes a un repliegue simultáneo de Estados Unidos respecto de Europa occidental, y del Ejército rojo en Europa del Este. De hecho la reunificación de Austria en 1955 es el verdadero antecedente de los actuales sucesos, que nos han sorprendido sólo por nuestra pobre memoria. Desde los años cincuenta la URSS buscaba su retirada ordenada de Alemania, y probablemente del resto de Europa oriental, como ya lo advertía el historiador Isaac Deutscher, en varios escritos que datan del año 1954, sobre la diplomacia soviética que sucedió a Stalin:

...Los sucesores de Stalin todavía se están devanando los sesos para dar con un método que ponga en orden los asuntos extranjeros que les dejó en herencia Stalin. Un año después de muerto éste, todavía están queriendo desenredar de aquel enorme activo sus peligrosas cuentas por pagar. Y en ninguna parte son las cuentas tan peligrosas, el activo tan cuestionable y el enredo tan grande como en Alemania oriental. *El problema sigue igual: cómo retirarse de Alemania oriental sin sufrir una derrota...* Los gobernantes de Rusia están acostumbrados a formular los planes políticos en términos de estrategia militar. Por eso podemos penetrar mejor su razonamiento si vemos de este modo la situación de Alemania oriental... Al contrario de lo que suele creerse, el espectro de una Alemania rearmada no ocasiona la menor noche de insomnio a los hombres del Kremlin, quienes saben perfectamente cuántas noches en vela debe causar ese espectro a los vecinos europeos occidentales de Alemania. En la conferencia de Berlín, Molotov proclamó abiertamente que el

objetivo principal de la diplomacia soviética es la eliminación del poderío militar norteamericano de Europa... Paradójicamente, una Wehrmacht rediviva sólo podría significar para Moscú la aceleración de la retirada norteamericana de Europa. Una vez reconstruidas estas fuerzas, Alemania occidental dejaría de ser el miembro democrático, de buen comportamiento y de pensamiento europeo, en el bloque del Atlántico, que se ve obligada a representar mientras esté desarmada y ocupada por Occidente. Una vez rearmada, aspirará a un papel independiente. Sólo entonces, parece esperar Moscú, saldrá a la superficie la verdadera contradicción entre Alemania y Occidente; y sólo entonces será posible que Alemania occidental vuelva a la política de equilibrio entre el este y el oeste, y a tratar con ambos. Cuando haya empezado el regateo, Alemania aún tendrá mayores deseos de hacer tratos con Rusia que con Occidente, porque temerá más a aquélla, que además tiene más qué ofrecerle en materia de reajustes territoriales, concesiones y comercio." (Deutscher: 1974, págs. 22-26)

Si Moscú no precipitó su retirada de Alemania oriental en aquel entonces, esto es, a la muerte de Stalin, fue por su enorme debilidad política en Europa del este, combinada con la incapacidad de Europa occidental, y en particular de Alemania, de arribar a un acuerdo bilateral que no fuera aprovechado por Estados Unidos y Gran Bretaña, para iniciar una ofensiva político-militar sobre la URSS.

...La retirada es la más peligrosa de todas las operaciones militares (y políticas). Si a un ejército en retirada lo abruma una inesperada presión enemiga, si sus filas pierden la confianza y, lo que es mucho peor, si sus vías de retirada están cortadas, la retirada puede tomar

un carácter de pánico y volverse derrota. En tales circunstancias un jefe no puede permitirse la retirada, por deseable que ésta sea desde otros puntos de vista, y ordena a sus tropas atrincherarse o contratacar (Deutscher: 1974, pág. 23). Los amagos militares de Estados Unidos para aprovechar las revueltas de los años cincuenta contra los regímenes de Europa del Este, y convertirlos en un asalto general, cortaban toda posibilidad de retirada rusa. El contraste entre las expectativas norteamericanas de aquellos años, con la salida pacífica y sin hostigamiento del Ejército Rojo de Alemania, Checoslovaquia, Hungría y Polonia, ubica los actuales procesos en su justa medida.

Sin implicar un movimiento sin costos políticos, el fin de los gobiernos burocrático-militares de Europa del Este en el año de 1989, va acompañado de importantes reparaciones financieras a la URSS y constituyen un armisticio tácito y particular de los soviéticos con sus vecinos occidentales, sin que las tropas norteamericanas puedan haber aprovechado la oportunidad para desplazar sus posiciones hacia el oriente. El ansiado colchón neutral, buscado por la URSS desde 1917, ha sido alcanzado. La incorporación formal de Alemania oriental dentro de la OTAN, lleva el compromiso explícito de la prohibición de la presencia de tropas no alemanas más allá de la vieja división. Pero lo que es aún más importante, el poderío industrial y financiero de Alemania, que durante más de tres décadas transfirió grandes recursos al complejo militar industrial norteamericano, hoy gira hacia el Este, en la expectativa de nutrirse de las materias primas y el nuevo ciclo de industrialización soviética. Una enorme demanda potencial, junto con una clase obrera austera y disciplinada, brinda mejores expectativas que los bonos

del Tesoro de los Estados Unidos. La capacidad del marxista Deutscher para prever todos estos acontecimientos mucho antes que Octavio Paz<sup>1</sup> no deja de ser, también, sorprendente.

### La crisis de la URSS y las antinomias del socialismo

La crisis interna de la URSS se sintetiza, como lo muestra el cuadro 1, en una crisis de la productividad social del trabajo. El aletargamiento de la productividad social del trabajo, a su vez, se manifiesta por un estancamiento o descenso en la calidad de los productos, así como en un retroceso en los fondos de consumo e inversión de todo organismo económico.

Es por ello que el análisis de la crisis de la economía soviética rebasa con mucho el ámbito de un

análisis económico y se redistribuye en el conjunto de las determinaciones históricas de la productividad social del trabajo. La realización de un esfuerzo de esta naturaleza va mucho más lejos que los objetivos limitados del presente artículo. No obstante, podemos adelantar algunos elementos significativos.

En primer lugar, como lo muestra el cuadro 2, la magnitud de la recesión en la URSS es mucho menos profunda que lo que muchos analistas occidentales han establecido. Aunque los datos correspondientes a 1991 pudieran mostrar una contracción aun mayor del PIB soviético, las cifras están todavía muy lejos de la contracción del producto social durante la crisis económica de los Estados Unidos durante los años treinta. En 1933 el producto *per capita* en la Unión Americana retrocedió a dos tercios de lo que era antes del inicio de la recesión. El capitalismo norteamericano resistió dicho embate, a pesar de, o tal vez gracias a, distribuir con particular rigor los costos del mismo sobre sus minorías nacionales: un desempleo abrumador de la población negra y la expulsión arbitraria de los trabajadores latinoamericanos.

La crisis soviética también ha puesto en tensión un viejo orden hegemónico entre sus distintos componentes étnicos, demostrando cómo cultura nacional y economía están indisolublemente ligados, y cualquier proyecto de restructuración tiene que contemplarlos en movimiento y no replegarse en la idea de que la inercia dominante terminará por imponerse.

El retroceso del PIB en 1991 es, según estimaciones del presidente del Comité Estatal de Estadísticas de la URSS, Vadim Kirichenkov, del orden del 10 por ciento, mientras que en la producción industrial la misma fuente considera una contracción del 8 por

CUADRO 1

*Aumento de la productividad del trabajo en la URSS*

|                    | 1966/<br>1970 | 1971/<br>1975 | 1976/<br>1980 | 1981/<br>1985 |
|--------------------|---------------|---------------|---------------|---------------|
| En la industria    | 5.7           | 6.0           | 3.2           | 0.07*         |
| En la agricultura  | 6.6           | 1.3           | 2.9           | 2.6           |
| En la construcción | 3.9           | 5.0           | 1.9           | 1.6           |

\* Corresponde al ajuste realizado por Jaques Sapir en el artículo "Crises et mutations de l'économie soviétique" en *La Nouvelle Alternative*, núm. 4, diciembre de 1986.

Fuente: Mandel Ernest, *Hacia dónde va la URSS de Gorbachov*, Fontamara, México, 1991.

**CUADRO 2**  
*Indicadores globales*

|                              | 1990  | 1981-1985 | 1986-1990 |
|------------------------------|-------|-----------|-----------|
| Producto Nacional Bruto      | -2.0  | 4.0       | 2.4       |
| Ingreso nacional             | -4.0  | 3.6       | 1.2       |
| Producción industrial        | -1.2  | 3.6       | 2.4       |
| Producción agraria           | -2.3  | 1.0       | 1.3       |
| Transporte de mercancías     | -5.9  | 0.6       | -1.0      |
| Número de ocupados           | -0.6  | 0.9       | -0.6      |
| Inversiones centralizadas    | -19.0 | 3.7       | -1.0      |
| Comercio minorista           | 9.5   | 4.0       | 6.4       |
| Volumen de comercio exterior | -7.0  | 3.9       | 0.1       |

Fuente: *Anuario 1990*, Goskomstat (Comité Estatal de Estadística de la URSS).

ciento. Los tres fenómenos que inciden en esta profunda recesión son la reducción de las exportaciones soviéticas al exterior, los problemas de abastecimiento intersectorial generados por las tendencias centrífugas entre las repúblicas de la unión, y la reconversión paulatina de la industria militar hacia la producción de maquinaria, equipo y bienes de consumo. En la medida en que la contracción productiva se concentre en la producción de armamento, aunque es indiscutible que también afecta a otros sectores como la agricultura, la depresión soviética todavía se encuentra muy lejos, por sus efectos sobre la población, de las catástrofes generadas por las dos guerras mundiales, en donde según Deutscher, la contracción de la producción nacional fue de dos tercios con respecto a las cifras precedentes. A diferencia de aquellos colapsos depredadores, la URSS

vive su primera galerna de innovaciones, fenómeno de implacable "destrucción creadora", como lo caracterizaba Schumpeter. Es por ello necesario avanzar a continuación más allá de la cuantificación de la crisis económica de la Unión Soviética y de sus elementos de coyuntura, para adentrarse en algunos de los mecanismos profundos que la hicieron germinar.

### **Plan y democracia: el laberinto de la utopía**

La idea general del marxismo clásico sobre la organización socialista de la economía descansaba en la idea de una reintegración centralizada del carácter social del trabajo. El proceso de centralización del capital en un número reducido de empresas, así co-

mo el despliegue de unidades de producción en gran escala, serían las premisas para una transición fluida hacia una coordinación directa del trabajo por parte de los productores. El mercado podría ser obviado en estas condiciones:

... La producción directamente social excluye todo intercambio de mercancías, también, por tanto, la transformación de los productos en mercancías... y con ello, también, su transformación en valores. (Engels, 1964, pág. 306)

Desde esta lógica la economía sería una gigantesca comuna en la que la aportación de cada quien al trabajo colectivo sería generosamente compensada con la satisfacción de sus necesidades. La justicia en la asignación de las tareas y en la distribución del producto sería algo sencillo y evidente, en una vida productiva en el que la información de lo que se produce y cómo se produce sería accesible para cualquiera de los trabajadores. En el momento en que se formuló esta propuesta, su viabilidad no era insensata. El capitalismo del siglo XIX se caracterizaba por un número reducido de bienes de consumo, que no se diferenciaba en lo esencial de las necesidades básicas de los siglos precedentes. Durante la primera fase de industrialización capitalista, las grandes transformaciones se concentraron en el desarrollo de la maquinaria y la gran industria, esto es, en los medios y escala de la producción, no en los valores de uso que se producían. La información generada por una economía con estas características no requería de una red excesivamente compleja. La planificación, entendida como coordinación centralizada de un proceso de producción económica de

por sí concentrado y con escasa diversificación, era una solución técnicamente aceptable.

El desarrollo del capitalismo, en los siguientes dos ciclos largos de su desarrollo, modificó radicalmente las condiciones de producción económica. Sin embargo, la concepción socialista de la reintegración directa del trabajo social en un fondo común, a partir de la nacionalización de las empresas capitalistas, no fue, a su vez, transformada.

El ciclo largo de 1875-1914, y más aún el de 1914-1945, trajeron consigo la modificación de los bienes de consumo como consecuencia de su asimilación a la lógica de la acumulación de capital. El capitalismo entraba de lleno en el terreno de la cultura cotidiana, haciendo estallar el núcleo reducido de necesidades de todas las épocas que le habían precedido, diversificando el número de objetos y formas de consumo. Fue el gran salto de la austeridad como virtud al hedonismo por saturación. Las cámaras de fotografía y el conjunto de la industria de la imagen, los vehículos individuales de transporte, los aparatos domésticos en su sentido más amplio, fueron algunos de los primeros bienes que mostraban cómo los complejos mecánicos ya no eran sólo materia del taller, sino medios para acceder a formas complejas de vida doméstica y percepción del mundo.

La propuesta de organización socialista de la producción sufrió un evidente rezago cuando el despliegue de las nuevas formas de riqueza capitalista acentuaban aún más la injusta distribución del ingreso. El socialismo como propuesta programática fue desplazándose de los problemas de la producción hacia los problemas de la distribución, mientras mantenía intacta su idea inicial de una coordinación centralizada de la economía. El capitalismo, mientras tanto,

desplegaba las virtudes de la economía de mercado para la incorporación de innovaciones. La presencia vasta del crédito, y una estructura del ingreso concentrada, funcionaban como medio y objetivo para la aparición de nuevos productos. La externalización de los costos de las mutaciones y podas en la producción les permitían a los empresarios capitalistas desplegar sus iniciativas sin reparar en el desempleo, miseria o destrucción en la vida de los asalariados que pudiera causar.

A raíz de las grandes transformaciones de la producción económica en la economía mundial durante el siglo XX, la visión original del socialismo comunitario enfrentaba dos grandes problemas:

1. Cómo recrear y coordinar de una manera equilibrada y dinámica los distintos trabajos individuales, cuando la estructura económica se dispersaba y redistribuía en una infinidad de ramas, productos, funciones y tareas, mucho más complejos y distantes entre sí que las que existían en la división del trabajo característica de la primera fase del capitalismo.
2. Cómo incorporar la innovación, esto es, los nuevos productos y los nuevos métodos, considerando que en el proyecto socialista, en su formulación más simple, existía una estructura de ingresos más homogénea, lo que no inducía la presencia de una demanda sofisticada, mientras que las formas centralizadas de coordinación de la producción diluían la existencia de espacios, excedentes y circuitos para experimentar nuevos procesos en los centros de producción.

Éstos son los dos problemas que se planteó desde el principio la *perestroika*, como lo demuestra el

siguiente párrafo del programa económico del Congreso del PCUS de 1987:

...El problema clave de la teoría y práctica del socialismo es el siguiente: cómo será posible, sobre la base socialista, crear estímulos más potentes que bajo el capitalismo del progreso económico, tecnocientífico y social; cómo será posible conjugar, con la mayor eficiencia, la dirección planificada con los intereses del individuo y de la colectividad. Es el problema más complejo que el pensamiento socialista y la práctica social ha procurado resolver. En la presente etapa del socialismo, la significación de este problema crece inconmensurablemente. (Gorbachov: 1987a, pág. 85).

En la experiencia socialista del siglo XX, la planificación centralizada ha demostrado su eficacia para la creación de grandes complejos industriales dirigidos a la producción de bienes homogéneos o en la industria militar, pero también ha exhibido su inoperancia para articular la doble dimensión de sus ciudadanos como productores y consumidores, en la producción de bienes de consumo y servicios, así como para desplegar de manera plena la capacidad de innovación y la precisión productiva en los centros de trabajo.

La ausencia de respuestas, por el momento, a las preguntas formuladas en 1987 dentro del marxismo clásico, es lo que ha favorecido la tendencia a favor del restablecimiento de una economía de mercado en la URSS y el alejamiento del programa original de la *perestroika* de "más democracia y más socialismo". Se trata de retroceder hacia los mecanismos de mercado que garantizan una solución pragmática de ambos problemas. Al primero de ellos, por medio del cálculo contable de carácter mercantil. Al segun-

do, a través de la concesión a los empresarios del monopolio de las innovaciones, mientras se descarga en la población los costos de sus ensayos. La lucha de clases en la URSS regresa a su historia bajo la forma de un combate entre los numerosos aspirantes a la reconfiguración de un proyecto capitalista, y la más poderosa clase obrera de la tierra.

### **El mercado que nunca llegó: los límites de la restauración capitalista en la URSS**

El relanzamiento de la economía en la URSS pasa por el despertar de las formas más avanzadas de cooperación entre las empresas y las economías nacionales que la integran. El proceso de reintegración de un nuevo consenso entre los distintos grupos étnicos y los diferentes segmentos de la clase obrera requiere de una politización prolongada de la vida social y económica de la Unión Soviética, a pesar de que ahora se exprese como dispersión y retroceso material. En realidad estamos ante uno de los periodos de acumulación de fuerzas más formidables de la historia contemporánea. La democratización irreversible de las relaciones sociales en la URSS, junto con el desquiciamiento inevitable del viejo orden, va cimentando las condiciones para un notable despliegue de la voluntad colectiva. Así sucedió en los Estados Unidos durante su guerra civil. La desaparición del viejo orden sólo es posible con un alto costo social.

El despliegue pleno del mercado en la economía soviética tiene límites históricos, probablemente la modernización de sus métodos de gestión económica no pasará por la salida más elemental, pero por ello menos probable, de la restauración capitalista.

Lo mismo que el capitalismo no puede abolirse gradualmente, tampoco puede restaurarse de manera imperceptible y paulatina.

Toda economía capitalista descansa en las asimetrías. Por ello genera irremediamente profundas desigualdades y tensiones, en términos de la dotación de recursos e ingresos entre regiones y grupos sociales. Fernand Braudel ha descrito con todo detalle cómo el desarrollo del capitalismo en la misma Francia o Inglaterra, ha tenido como resultado diferencias en la renta *per capita*, entre regiones, de cinco a uno. (Braudel: 1984, tomo III, pág. 283). A dichas desigualdades espaciales en la renta se añaden las que brotan de la distinta calificación del trabajo. El proceso de división del mercado de trabajo entre trabajo simple y trabajo complejo fue motivo de luchas encarnizadas en el mundo urbano europeo, que sólo después de siglos sedimentó a las clases sociales, con sus características y recursos culturales poderosamente diferenciados. En Estados Unidos esta estratificación social se pudo llevar a cabo de una manera más fluida, sólo por la expansión territorial y las migraciones sucesivas, en donde el grupo étnico recién llegado era humillado y explotado, mientras mantenía la esperanza de que alguien más llegaría después de él, y entonces podría ser él uno de los beneficiados.

La URSS, con todos sus problemas, por razones de carácter militar, fue forzada a una industrialización más homogéneamente distribuida en el territorio soviético, mientras que el acceso a la cultura y la educación generalizado entre la población ha creado un bagaje de capacidades y habilidades mucho más uniforme que en cualquier sociedad capitalista. Aunque el proyecto socialista no implica un igualitarismo obtuso, en la población de la URSS el rechazo al

enriquecimiento individual forma parte de una cultura popular poderosamente enraizada. (Mandel: 1991, pág. 302).

El restablecimiento abrupto de una economía de mercado con la cesión a los directivos de las empresas soviéticas de formas amplias de autonomía y posesión sobre los recursos productivos, desencadenaría un proceso de polarización social sin precedente. La experiencia polaca, durante 1990, es significativa por su número masivo de desempleados, más de 600 mil y la vertiginosa pérdida del poder adquisitivo de los salarios, cerca del 40% según lo han dado a conocer los propios informes del FMI. Los 120 millones de asalariados soviéticos contemplan con profunda desconfianza todo avance en esa dirección.

Los mecanismos de mercado, como formas de regular los intercambios entre las distintas repúblicas, no serían tampoco aceptables para aquellas que tuvieran que participar con los bienes de menor valor agregado. Las tensiones regionales que todo proceso de especialización diferenciado está en condiciones de provocar, obligan a que el nuevo ciclo de industrialización soviética ocurra de una manera pactada, esto es, planificada, y por tanto lejos de la mano invisible del mercado y de la división del trabajo de acuerdo con los recursos previos.

La inviabilidad del mercado como elemento de cohesión, es aún más agudo cuando las repúblicas menos industrializadas son las de mayor dinamismo demográfico:

...Desde 1950, en la república rusa, la más extensa y que contiene más del 50% de la población de la URSS, el crecimiento del índice de natalidad, en concreto, bajó de manera acentuada. Al mismo tiempo, en las repúblicas sureñas, de población de origen mayorita-

riamente musulmán, el índice bruto de nacimientos creció. Tanto, que esas diferencias, que son el tema clave para nuestra época y para el futuro, suscitan obstáculos a los líderes soviéticos. Dichas diferencias muestran un índice de dos y media a tres veces en el crecimiento demográfico. Si observamos una república en concreto, el aumento es en algunos casos cinco veces mayor en las repúblicas musulmanas que en las repúblicas bálticas y eslavas. Debido a esta diferencia, en los últimos veinticinco años del siglo —hasta el año 2000— Uzbekistán, que contiene hoy el 7% de la población soviética, contribuirá con un 50% de crecimiento de la población de la Unión... Para el final del siglo, los varones de 18 años procedentes del sur serán 1/3 del total. Es decir, un 30 o un 40% procederá de la población de origen musulmán. (Feshback: 1984, págs. 48-58).

El mercado nacional y el mercado laboral en las experiencias capitalistas fueron resultando de condiciones históricas particulares, en donde siglos de violencia y diferenciación, fueron imponiéndose lentamente hasta acostumbrarnos a la desigualdad como algo natural y dado. Las naciones de la URSS, por el contrario, llegaron a bien entrado el siglo XIX, desde antes del socialismo, con estructuras sociales comunitarias relativamente homogéneas. Cuando se produjo la revolución de octubre, el capitalismo apenas iniciaba su proceso de corrosión en el tejido interno de las 52 culturas que integran a la Unión. La modernización de la Unión Soviética no podrá recurrir a los mecanismos del mercado, que concentran las ventajas tecnológicas en puntos geográficos, mientras imponen formas de intercambio desigual a aquellos territorios desprovistos de núcleos de innovación técnica. Las tendencias demográficas de la

URSS apuntan a repúblicas pluriétnicas, en donde sólo un desarrollo equilibrado de las inversiones puede mantener formas de cohesión y cooperación estables. La planificación en estas condiciones no es un capricho ideológico, es un elemento imprescindible para preservar la convivencia pacífica de las repúblicas que integran la Unión.

Se tratará de una forma de planificación en donde una nueva contabilidad de costos, precisa y descentralizada, permitirá formas de optimización de los recursos. En el nuevo proyecto los criterios de los consumidores en la asignación de los recursos serán también decisivos. Las nuevas formas de planificación tendrán también que reconocer la necesidad de ceder responsabilidades a los distintos niveles de gestión económica, así como del carácter insalvable de ciertos desequilibrios de coyuntura. Pero estas necesidades pueden ser satisfechas sin necesidad de recurrir al mercado de una manera prolongada. Es por ello que, lo mismo que durante la NEP, el restablecimiento de ciertos mecanismos de mercado en la Unión Soviética sólo será parcial y limitada en el tiempo. La propia revolución de la informática que sacude las formas comerciales como mecanismo de asignación de recursos en el mundo occidental, no tendría por qué tener un efecto distinto en una sociedad más predispuesta a los efectos colectivistas y democráticos de las nuevas tecnologías.

### **La crisis socialistas de fin de siglo y el nuevo ciclo de movilización internacional de la clase obrera**

Los acontecimientos de finales del presente siglo en la Unión Soviética, y en el movimiento socialista

internacional, tienen importantes antecedentes en una historia fecunda en ensayos y reveses. Antes de la presente crisis del socialismo, la clase obrera y su proyecto histórico sufrieron otros tres grandes periodos de desmantelamiento de sus resultados previos. Si en algo es abundante el movimiento político de los trabajadores es en derrotas y desilusiones. Sólo la tenacidad de los indómitos ha mantenido en pie un proyecto histórico durante un periodo de más de dos siglos. Las otras tres grandes crisis socialistas, que destacan por haber recreado grandes reflujos y retrocesos en la organización política de la clase obrera fueron la derrota de la Comuna de París, el estallido de la Primera guerra mundial y el ascenso del fascismo. Es dentro de esta perspectiva que podemos encontrar una nueva interpretación del derrumbe del "bloque socialista" de Europa oriental, que vea más allá del tumulto arrollador del nuevo ciclo largo de expansión capitalista en curso.

Con sarcasmo, los intelectuales de esta hora de la restauración capitalista, tan sensibles a las modas de la ironía, se regocijan en señalar que la utopía socialista vive su crisis final: "Ella, que pronosticó tantas veces el hundimiento definitivo del capitalismo. He-la ahí, agonizando." Octavio Paz, el intelectual más destacado de esta corriente de pensamiento así lo dice:

Presenciamos el fin de un sistema y de la ideología que, simultáneamente, lo justificaba y lo inspiraba. No pocos empecinados intelectuales de la izquierda mexicana interpretan estas mutaciones como un regreso a los orígenes de la revolución comunista, traicionada por Stalin y Brejnev, chivos expiatorios de estos creyentes desechados. Olvidemos sus delirios. Lo que

está en liquidación es la herencia de 1917... (Paz: 1990, pág. 19).

Este nuevo conjuro en contra del fantasma del comunismo resulta, viéndolo bien, un deseo vuelto profecía. No se podía esperar menos de los que asumen su trabajo intelectual, no como artesanos, sino como sacerdotes: el pronunciar frases implacables, a la hora de los entierros, para evitar cualquier intención del postrado de inquietar al reino de los vivos. Sin embargo, para poder rebatir estos actos de exorcismo, no podemos recurrir a la versión milenarista y redentora del pensamiento socialista.

Uno de los mitos que el movimiento socialista requiere romper, para su propio desarrollo, es el de la infabilidad y omnicompreensión: "La verdad ha sido dicha y de una sola vez por su profeta". En ello el moderno pensamiento obrero anglosajón es muy agudo: "somos herederos de una tradición compleja y contradictoria, no de una versión proletaria de las tablas sagradas", afirma E. P. Thompson, el historiador inglés del movimiento obrero. Es por ello que creemos muy útil introducir, para reconstruir el desarrollo del socialismo, el concepto de crisis. Hasta ahora los intelectuales marxistas hemos hablado de las crisis capitalistas y hemos omitido la existencia de puntos de inflexión en el despliegue del proyecto histórico de la clase obrera. Ha sido tan encarnizado el acoso ideológico por parte de la derecha, que en nuestro propio terreno hemos abandonado el concepto de crisis como motivo de reflexión, cuando podría ser uno de los procesos más fructíferos.

El hablar de crisis del movimiento socialista nos permite incorporar la posibilidad, como ocurre en las crisis capitalistas, de la metamorfosis y de la acumulación de fuerzas en el largo plazo. Sólo entra

en crisis aquello que en su propio desarrollo ha generado nuevos contenidos que desbordan sus formas previas, es decir, aquello que está dotado de fertilidad y vida. Los fracasos de Europa oriental devuelven al movimiento socialista internacional un enorme bagaje de experiencias, así como el carácter acuciante de las necesidades radicales de la humanidad. La crisis del socialismo de finales del siglo XX es real. A diferencia de sus detractores podemos señalar que no es la primera, y además, que tampoco es un hecho definitivo, y mucho menos fatal. Ni ellos ni nosotros nos encontramos en callejones sin salida. El carácter abierto de la historia se encuentra en los dos sentidos.

Quisiéramos, aquí, en este punto, citar al viejo Marx, para refrendar una tradición de la que estamos orgullosos, a pesar de saber que es algo que irrita a los adversarios de los trabajadores.

...Las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás... (Marx: 1971, págs. 233-234).

Estas interrupciones, estos reinicios, estos regresos sobre los propios pasos, esta destrucción de los resultados equívocos, esta ausencia de condescen-

dencia ante los propios errores aunque signifique el fortalecimiento temporal del adversario, permiten hablar de los elementos constitutivos de la figura teórica de la crisis, como fase del ciclo interno del movimiento socialista en su devenir.

Una de las características de las crisis socialistas respecto a las crisis capitalistas, es que estas últimas se presentan como un proceso de desarticulación de los flujos de producción material, como un marasmo en los resortes objetivos de la acumulación de capital. Las crisis socialistas, en cambio, consisten en un proceso de destrucción de subjetividad, de desmantelamiento de la conciencia histórica de la clase obrera. Son, en sentido estricto, crisis de conciencia. Tienen en su interior el tormento del derrumbe de los viejos parámetros y del lento proceso de una reconstrucción ética. El capitalismo puede rehacer su rumbo sin necesidad de dar cuenta de su propia historia: las monedas no permiten reconstruir sus tortuosos caminos. El dinero puede "lavar" su origen en la esclavitud o la guerra, porque carece en sí mismo de toda identidad histórica. El socialismo, en cambio, tiene que cargar, en cada paso, con la memoria de sus aciertos y de sus errores, porque su sujeto son los hombres y no el movimiento alienado de las cosas.

El proyecto socialista es un proyecto cultural como en su momento lo fue el cristianismo. Es el proceso de construcción de la subjetividad colectiva del trabajo concreto. Es la conciencia de cada trabajador individual del papel histórico de la tarea particular por él desarrollada, dentro de la producción global de las condiciones de existencia de la especie humana. Es la certeza de formar parte de una clase internacional y de obrar en consecuencia. El proyecto socialista es la construcción de individuos

libres y universales, frente a la mutilación cotidiana que realiza el capital sobre la fuerza de trabajo, alienando su actividad productiva y segmentando su conciencia.

Uno de los rasgos de las crisis socialistas es que el surgimiento periódico de comunidades de hombres libres y universales, de densos núcleos de cooperación entre trabajo manual e intelectual han sido dislocados por la violencia directa, como en la guerra civil española, o con la violencia latente, como en la guerra fría contra el bloque oriental, por parte de los organismos vigentes del viejo orden capitalista. En todas las crisis socialistas la coerción del militarismo imperialista ha tenido un peso significativo, aunque no ha sido el problema esencial.

El problema fundamental en la gestación de las crisis socialistas ha sido la incapacidad de las nuevas sociedades para construir las bases materiales y políticas de su propia reproducción, esto es, una noción nueva de productividad social del trabajo, distinta a la capitalista, que no sólo considere la eficacia técnica del trabajo sino el tipo de relaciones sociales que pone en movimiento: en qué medida éstas apuntan a una reintegración del trabajo creativo o hacia formas escindidas de trabajo, entre trabajo intelectual y trabajo manual.

En el orden capitalista, el concepto de productividad está asociado a la reproducción ampliada del capital, como ampliación de la capacidad de los objetos en que se materializa el capital para apropiarse de la voluntad productiva de los hombres. El proyecto socialista ha tenido que enfrentar el reto de la construcción, en la nueva dimensión del trabajo a su interior, una doble dimensión de la productividad: en primer lugar, aquella que hace referencia a la creación de la civilización material capaz de huma-

nizar las condiciones de vida y trabajo, y en segundo lugar, la productividad necesaria para el despliegue de la dimensión política del socialismo, la relacionada con la autogestión de los trabajadores de su vida social. La política en el socialismo tiene una productividad concreta: sistematizar la información necesaria para sostener una soberanía cotidiana de los trabajadores sobre su proyecto histórico. Correspondió al comandante Ernesto "Che" Guevara el descubrimiento de esta doble dimensión de la productividad en el socialismo: "Productividad —es decir: mayor producción, mayor conciencia—, es socialismo" (Guevara: 1985, pág. 344).

Durante las tres primeras crisis del socialismo fue la violencia organizada por las columnas armadas del orden capitalista las que desangraron a los proyectos revolucionarios. La idea de que es de la guerra de donde brota la revolución es una lectura insensata del leninismo, que consideraba suficientes los horrores cotidianos de la sociedad capitalista para impulsar la rebeldía de la clase obrera. No hay nada más revolucionario que la paz. En ella prospera la dignidad de los hombres. En la paz se adiestran para la tolerancia y la creatividad, los dos materiales de los que está hecho el proyecto socialista. La revolución es consecuencia del desarrollo de esa gigantesca fuerza productiva que es el tejido social colectivo de los trabajadores.

La presente crisis del socialismo, la cuarta de grandes proporciones en su historia, tiene la peculiaridad de ser resultado del desarrollo interno de las sociedades en que germinó, y no de la catástrofe de la guerra. En ello reside su enorme potencial. Las sociedades que entregan los socialistas al siglo XXI, se caracterizan por ser vigorosas naciones industriales y con un sorprendente nivel cultural, muy por

encima del promedio de los países occidentales. El fin del aislacionismo de Europa oriental ha devuelto a la humanidad la unicidad de su historia, y al socialismo, un traslado de su centro de gravedad de un proyecto de autodefensa militar, a un proyecto político internacional. En la solidaridad internacional de los trabajadores se encuentra la mejor arma para defender sus conquistas históricas y la soberanía de los pueblos. Y existe hoy la posibilidad de que sea más profunda y eficaz de lo que fue a principios de siglo.

Al mercado mundial se integran millones de hombres y mujeres cultos y organizados. El derecho al trabajo y la existencia de organizaciones de clase, burocratizadas pero con una larga tradición, son herencias de las que no se van a desprender los trabajadores de la URSS y Europa del Este. El drama de la democracia cristiana alemana, que se lamenta de haber unificado a Alemania tan sólo para que unos meses después se vuelva roja, no deja de ser una ironía para aquellos que consideraban exhausto al socialismo. La caída de los regímenes de Europa oriental con su estruendo han opacado un suceso previo que posiblemente haya sido aún más importante: el triunfo del movimiento pacifista radical sobre la estrategia reaganiana de una guerra nuclear limitada en territorio europeo. El repliegue del socialismo, en esta ocasión, coincide con el avance, paulatino y accidentado, de la conciencia popular en la necesidad de la convivencia pacífica entre los pueblos.

En los inicios del presente siglo la clase obrera no rebasaba más allá de los 60 millones de trabajadores en todo el orbe, concentrados esencialmente en cuatro naciones: Alemania, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. El mundo en su conjunto permanecía encerrado en terribles prejuicios étnicos y nacio-

nalismos expansivos. Al final del siglo, la moderna clase obrera está integrada por mil millones de seres humanos que surcan la tierra en todas direcciones, y que llevan en su alma un profundo aliento de universalidad. El cosmopolitismo se presenta todavía como un rasgo al que sólo puede aspirar una pequeña élite, pero, debajo de él, crece un vigoroso internacionalismo proletario. Cuando se reunió el primer congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores, hace trece décadas, el viaje de ocho trabajadores desde Francia, Suiza e Italia, para concurrir a Londres, fue un esfuerzo extraordinario. En nuestros días millones y millones de hombres cruzan fronteras y culturas, tratando de encontrar el punto

en que se entretujan sus historias y relatos. Estos avances objetivos del proletariado moderno en el terreno de su configuración histórica como clase internacional, aunque requieren de un enorme esfuerzo de los socialistas para que maduren hacia un humanismo avanzado, son mucho más importantes que el hecho de que los primeros territorios organizados por los socialistas vuelvan al mercado mundial. Como alternativa hegemónica el socialismo ha salido de la escena quizá por algunos años, o incluso décadas. Pero ha de regresar por los cuatro puntos cardinales, como los brigadistas internacionales que concurren a la defensa de Madrid en la encrucijada de la dignidad del hombre.

## Notas

- 1 Octavio Paz así lo reconoce "... Siempre creí que el sistema totalitario burocrático que llamamos 'socialismo real' estaba condenado a desaparecer. Pero en una conflagración; temí que en su derrumbe arrastrase a la civilización entera. La política de las democracias liberales de Occidente,

errática y con frecuencia egoísta, no podían inspirarme confianza. No pensé que el cambio pudiera hacerse en la forma relativamente pacífica en que, hasta ahora, se ha realizado." (Paz, O.: 1990, pág. 8)

## Bibliografía

- Braudes, Fernand, *Civilización material, economía y capitalismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- Engels, Federico, *Anti-Dühring*, Grijalbo, México, 1964.
- Deutscher, I., *Rusia, China y Occidente*, ERA, México, 1974.
- Deutscher, I., "Sobre las Internacionales y el Internacionalismo", en *El marxismo de nuestro tiempo*, ERA, México, 1975, págs. 122-123.
- Duncker, H., *Historia del movimiento obrero internacional*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1977, págs. 150-157.
- Feshback, Murray, "Tendencias demográficas soviéticas: población y mano de obra", en *El sistema soviético hoy*, Pablo Iglesias, Madrid, 1984.
- Gorbachov, Mijail, "Tareas del Partido en la reforma económica", en *Cuadernos Políticos*, núm. 51, ERA, México, 1987.
- Guevara, Ernesto, "En el homenaje a los premiados en la emulación", en *Obra revolucionaria*, ERA, México, 1985, pág. 344.
- Mandel, Ernest, *Hacia dónde va la URSS de Gorbachov*, Fontamara, México, 1991.
- Marx, Carlos, "El dieciocho brumario de Luis Bonaparte", en *Obras Escogidas*, tomo I, Progreso, Moscú, 1971, págs. 233-234.
- Paz, Octavio, *Pequeña crónica de grandes días*, FCE, México, 1990, pág. 19.